

Por Muriel Alarcón

Que para la primera vuelta el votante de Boric se identificara con la izquierda mientras que el de Kast con la derecha, para el cientista político Giancarlo Visconti demuestra que la ideología sigue siendo importante en el debate político.

“No lo explica todo”, asegura. “Aunque parte importante. Lo que veo hoy es una transformación quizás profunda, pero que mantiene aspectos del período antiguo, como pasó con el plebiscito de 1988, cuando se mantuvieron cosas de los 60. No todos los partidos son nuevos. La DC sobrevivió. El PS sobrevivió. Y se incorporan cosas nuevas. Hoy estamos viviendo algo parecido. Un fin de la democracia pos-Pinochet, y a la vez la entrada a un nuevo sistema, sobre todo con una nueva Constitución, donde se van mantener lógicas políticas y otras ‘nuevas’ van a emerger”.

Profesor de Ciencias Políticas en Purdue University, Indiana, Visconti obtuvo su doctorado en esta área en la U. de Columbia y hoy su tema de investigación es el comportamiento electoral en América Latina. Con un foco especial en Chile, ha publicado su trabajo en destacadas revistas internacionales, donde precisamente ha escrito de temas como el rol de la ideología.

—¿Qué nuevas lógicas cree que van a emerger?

—Muchos pensamos que son muy nuevas, y algunas sí, lo son, pero otras ya sucedían en Chile en los 40 y en los 50. Por ejemplo, tener muchos partidos políticos. Eso es una tradición chilena, de estar plagados de ellos, tener dificultad de formar alianzas, tener alianzas que cambian, partidos políticos que forman alianzas y después se pasan a otras; fue la esencia entre 1930 y antes del Golpe de Estado. 40 años de la proliferación de muchos partidos que nacían y morían.

Según Visconti, hace una década era imposible imaginar una alianza entre un partido de derecha y la Democracia Cristiana. “Diría que hoy no”, asegura. “No es algo imposible de imaginarse. La herencia de la dictadura, del Sí y el No, va perdiendo más fuerza y podría permitir esa flexibilidad. Nosotros diríamos: ‘esto es algo nuevo de la política chilena’. Y es algo nuevo en comparación a lo que ha pasado después de 1988, pero no lo es en la historia política. Hay otras lógicas que lo son; la ‘política de la identidad’ es algo que probablemente sea diferente”.

Visconti la define como cuando “las personas desarrollan una agenda política basada en una identidad personal. En vez de basarse en el identificarse como izquierda o derecha, se sustenta en quién eres tú como persona”. Su auge, explica, se debe a grupos de la sociedad “mayoritarios, no solo minoritarios, que son, por lo menos, la mitad de la población”, que se han encontrado “marginados o no han tenido el mismo acceso al poder que otros”.

Y agrega: “Ha surgido como una solución o una discusión a un problema político real. Lo que está sucediendo en la Convención es un buen ejemplo. Tenemos grupos que representan distintos sub-temas, específicos,



Giancarlo Visconti, cientista político:

“La política de la identidad seguirá dominando la discusión”

El académico cree que esta lógica destacará en las estructuras de organización durante la próxima década. “Ha surgido como una solución o una discusión a un problema político real. Lo que sucede en la Convención es un buen ejemplo”, asegura.

como el medioambiente, o género, lo que significa un desafío importante a la hora de coordinar y lograr coaliciones mayoritarias. Si tuviera que apostar, creo que la lógica de la 'política de la identidad' va a seguir dominando la discusión y la forma de estructurarse políticamente, por lo menos, por la próxima década en Chile y en el resto del mundo".

“El deterioro de las ideologías tradicionales”

—¿Qué virtudes ve en la política de la identidad?

—La principal es que trae a la mesa un problema real que quizás no habíamos discutido por diferentes razones, como el tema de género. Si vemos, la gran mayoría de los presidentes en Chile y todos los presidentes de EE.UU. han sido hombres. Cuando nos damos cuenta de que el acceso al poder o a los cargos más importantes es mucho más complicado para las mujeres, tiene lógica que estos temas se vuelvan más importantes. Después, podemos agregar otros factores que creo son un poco menos relevantes, pero que igual contribuyen: la globalización, el uso de redes sociales, que hace más fácil coordinar a grupos pequeños en distintos lugares del mundo. Si antes era difícil que grupos que podríamos considerar minoritarios en la población lograran coordinarse, incluso dentro de sus propios países, hoy pueden hacerlo de forma transnacional, lo que hace más fácil empujar a cierto tipo de gente. También creo que esto se relaciona con el deterioro de las ideologías tradicionales de izquierda y derecha. No quiere decir que las ideologías no importen, sino que van evolucionando y transformándose.

—¿Y cuáles serían sus amenazas?

—En primer lugar, la dificultad de coordinación, dado que cada grupo tiene una agenda distinta, a pesar de que venga de una base u origen común o similar. Si tenemos diez grupos con agendas diferentes, a pesar de que pertenezcan a la misma familia ideológica y concuerden con la agenda del otro, se pueden generar muchas complicaciones a la hora de priorizar. Es difícil empujar y coordinar proyectos de ley ante una diversidad tan grande en términos de las preferencias de los actores. Luego, en segundo lugar, está la respuesta de la derecha a los procesos de política de identidad, que ha sido principalmente de populismo, con partidos y candidatos de extrema derecha o derecha radical como Donald Trump y Jair Bolsonaro. En el caso de Trump es muy evidente, cómo parte importante del electorado tomó temas de raza y de inmigración como una motivación a la hora de votar por él en 2016 y 2020. Con Bolsonaro sucedió algo similar.

Y agrega:

—La política de la identidad es un desafío al status quo, a grupos de la sociedad que fueron los que tomaron las decisiones por décadas o siglos. Tenemos evidencia clara de que, por ejemplo, hombres blancos se sienten desafiados debido al auge de la política de la identidad. Ven que empresas u organismos públicos buscan diversificar sus plantas por razones lógicas; para parecerse más a lo que, de verdad, es la sociedad. Y eso lo sien-

ten como un desafío a su propio estatus y a su privilegio. En EE.UU. se le llama un “backlash”, que genera toda esta ola, este efecto en contra de la política de la identidad.

—Ante esto, Carlos Peña dice que el hecho de que “las personas en vez de esgrimir su condición de ciudadanos iguales proclamen su estatus de miembros pertenecientes a un grupo” al intervenir en la línea política, tensionaría la convivencia en la esfera pública.

—(...) Yo veo en esta tendencia una respuesta natural a las desigualdades estructurales de nuestras sociedades. Eso no quiere decir que no tenga muchos desafíos y amenazas. Es lo que está sucediendo y tenemos que hacernos responsables de ello. Se está discutiendo ahora en el mundo; cómo la gente y los jóvenes están empezando a estructurar su pensamiento político. Con jóvenes que participan cada vez más en el debate político es importante que los partidos sean capaces de incorporar esto en sus agendas, más que esconderlo debajo de la alfombra.

El corazón de la Convención

—Que se necesitaran nueve votaciones para elegir la nueva presidencia de la Convención, ¿qué señal da?

—La gente lo ve y piensa: “bueno, esta es la misma política de siempre, la política tradicional, en donde los actores no son capaces de ponerse de acuerdo, donde priman los intereses individuales sobre los colectivos”. Pero, y este es un ‘pero’ muy grande: es la política tradicional sí, pero eso siempre ha sido la política. Esta se basa en llegar a acuerdos cuando no se tienen mayorías, incluso a pesar de que, en este caso, solo se trataba de una mayoría simple. Creo que además es una discusión muy técnica, y tampoco creo que se vaya a medir el resultado de la Convención de acuerdo a cómo se eligió presidente o vicepresidente. Es algo importante a la hora de revisar el resultado final, pero probablemente no va a ser más de una página del libro que se escriba sobre la Convención.

—Alberto Luengo atribuyó la derrota de la socialista Ramona Reyes al “triumfo de las identidades”, sugiriendo que esto “reivindicaría causas más que ideas, rigidizaría la democracia representativa y se constituiría como un riesgo mayor al escribir una Constitución”.

—El tema de causas más que ideas es un problema inherente de la Convención dado que son colectivos, organizaciones y grupos los que priman ahí y no partidos políticos (...). Si creemos este argumento, de que esto es muy problemático y decimos: bueno, la solución, aunque no podamos acudir a ella, hubiese sido un sistema electoral tradicional para elegir a los miembros, sin independientes y solo con partidos políticos, el resultado de esta Convención no sería tan creíble como lo va a ser. Me parece que esta asamblea tiene muchos desafíos a la hora de lograr negociaciones producto de su naturaleza y de la forma en la que se están estructurando sus fuerzas, pero el resultado de su trabajo va a tener mucha más legitimidad que el de una Convención compuesta por partidos, donde quizás sea mucho más sencillo lograr acuer-



El tema de causas más que ideas es un problema inherente de la Convención dado que son colectivos, organizaciones y grupos los que priman ahí y no partidos políticos”.



Si tenemos diez grupos con agendas diferentes, aunque pertenezcan a la misma familia ideológica y concuerden en su agenda, se pueden generar muchas complicaciones a la hora de priorizar”.

dos porque los jefes de bancada se sientan, coordinan, y logran elegir quién es el presidente y después se les notifica a los miembros de la bancada por quién tienen que votar. Esto no está mal, porque se tienen que tomar tantas decisiones que uno tiene que organizar la forma de tomarlas, pero que en esta instancia se genere legitimidad y se tenga un mecanismo distinto, un poco más abierto, yo creo que es bueno.

—¿Y de qué manera la política de la identidad puede evitar el particularismo y apelar al bien común en la Convención?

—Es el gran desafío. La naturaleza de un grupo que nace producto de la política de la identidad es que tiene un gran asunto del que se preocupa. Si hay grupos ecologistas, lo que tienen en mente es el cambio climático. El gran desafío es ser capaces de coordinar a estos grupos que se preocupan del cambio climático con grupos que se preocupan de la igualdad de género y con otros que se preocupan de la discriminación hacia los pueblos originarios. Esas tres agendas distintas son muy difíciles de homogeneizar. No creo que si no lo logra hacer, vaya a fracasar. Pero si lo logra, la calidad de la Constitución y su duración va a ser mayor.

—En este escenario de identidades asociadas a movimientos, a minorías, ¿cómo se logran acuerdos?

—En este caso sigo una aproximación menos idealista y más práctica y real de cómo funciona la política, no solo en Chile, sino que en todo el mundo: a través de negociaciones. Se vio en la elección de la nueva presidencia de la Convención. En una negociación, obtienes algo a cambio de entregar otra cosa. Eso ha sido la política siempre y va a seguir siéndolo. Es verdad que en el caso chileno, el negociar lo asociamos a algo malo, a algo negativo. Se han generado conceptos como “la cocina”, por ejemplo. El problema con “la cocina” es cuando se hace a puertas cerradas, cuando los ciudadanos desconocen los acuerdos que se están haciendo, cuando son poco transparentes o cuando se tienen intereses personales dentro de esas “cocinas”. Pero cuando se hacen un poco más abiertos, con una discusión pública, con una conversación de cuáles son las distintas alternativas, de lo que se gana y se pierde, me parece que es el camino adecuado. Yo no veo posibilidad de lograr acuerdos si no hay negociación, y esa negociación implica ceder.

—¿Cómo debiesen configurarse las alianzas de cara a este segundo tiempo?

—Estamos viendo el origen de nuevas coaliciones. La Convención está funcionando un poco como va a ser el futuro de la política chilena. Hay un eje muy claro que lo está formando el Frente Amplio y lo que se llama el Colectivo Socialista. No solo tienen intereses ideológicos similares sino también la política de la identidad, por ejemplo, o que tienen trayectorias e intereses similares respecto a su apoyo a la diversidad. Eso genera una muy fuerte conexión con el grupo de los pueblos originarios y con el grupo Independientes No Neutrales. Creo que por ahí está el corazón de la Convención y cómo estos cuatro grupos logren articular y unir a distintas fuerzas será muy relevante.